

**SEAN
BLACK**

**LA RECOMPENSA
DEL DIABLO**

**ISABEL
MURILLO**

Declarado culpable de una serie de terribles crímenes contra jóvenes muchachas en la selecta ciudad californiana de Santa Bárbara, el acaudalado *playboy*, Charlie Méndez, ha cruzado la frontera de los Estados Unidos para instalarse en México.

En vista de que los diversos cazadores de recompensas que han ido tras él han sufrido un espeluznante final en manos del macabro cártel de la droga contratado por su familia para velar por su seguridad, Méndez parece un fugitivo destinado a vivir en la más completa impunidad. O lo parece hasta que una de sus muchas víctimas convence a Ryan Lock, un especialista en seguridad de primer nivel, y a su socio Ty Johnson, un marine retirado, para que se hagan cargo del caso.

Inmersos en un mundo de pesadilla donde es imposible confiar en nadie, y mucho menos en las autoridades, ambos descubren una ciudad más mortal que cualquier zona de guerra del planeta. Peor aún, cuando una atractiva y joven turista norteamericana desaparece de las calles, todo apunta a que Méndez ha vuelto a las andadas. ¿Se verán obligados Lock y Ty a pagar la Recompensa del Diablo para impedir que se produzca una nueva víctima?

LA RECOMPENSA DEL DIABLO

Sean Black

Sobre el Autor

Como trabajo de investigación previo a la serie de *thrillers* protagonizados por Ryan Lock, Sean Black se sometió a un intenso periodo de formación como guardaespaldas con antiguos miembros de la unidad de escoltas de la Royal Military Police, pasó un tiempo en Pelican Bay Supermax, California, la cárcel de máxima seguridad más peligrosa e los Estados Unidos y se aventuró a descubrir los túneles que recorren el subsuelo de Las Vegas. Licenciado por la Columbia University, Nueva York, posee también una licenciatura en Política y Economía por la Oxford University, Inglaterra.

Para Gordon Gray, un troyano auténtico

Prólogo

Santa Bárbara, California

Eran las ocho de la tarde de un viernes y los bares y discotecas de State Street empezaban a llenarse. Tres universitarios salieron tambaleándose del *pub* irlandés James Joyce y zigzaguearon hasta derrumbarse sin parar de reír en la acera, donde uno de ellos agarró a sus dos compañeros apriionándoles la cabeza como si practicara una llave de lucha libre. En la puerta de la discoteca Velvet Jones, un gorila pedía la identificación a dos jóvenes estudiantes de instituto y montaba un numerito examinando sus, sin duda alguna, falsos carnets de identidad, para finalmente soltar la cinta roja y dejarlos pasar.

A lo largo y ancho de la principal zona de ocio de la ciudad, se desplegaban escenas de desenfreno juvenil similares, y eso sucedía todos los años, tal y como cualquier habitante de la adinerada comunidad playera californiana podía recordar.

Charlie Méndez observaba la escena apostado en la esquina de State con West Haley. Extrajo un cigarrillo del paquete de Marlboro Reds que escondía en el interior de la manga arremangada de su camiseta, hurgó en el bolsillo delantero de su pantalón vaquero hasta dar con su mechero Cartier y lo encendió. Aspiró el humo con fuerza hasta llenar sus pulmones y continuó observando la calle. Pasó por su lado un grupillo de chicas, una de ellas, morena y de piernas interminables, volviéndose para sonreírle. Charlie le respondió con su mejor sonrisa de surfista vividor californi-

niano y se pasó la mano por su abundante mata de rizos rubios. Ella replicó a su vez con una nueva risita y dio la impresión de que iba a decir alguna cosa, pero una de sus amigas la agarró por el codo y tiró de ella para seguir caminando.

Charlie sacó entonces la pequeña cámara digital que siempre llevaba encima para estas ocasiones y le gritó a la chica:

—¡Oye, preciosa! ¡Sonríe!

Aquella expresión tan sobada y el detalle de la fotografía habrían llevado a la mayoría de hombres de la edad de Charlie a hacer un gesto levantando un dedo índice o a forzar una mirada de asco, pero Charlie no formaba parte de la mayoría de los hombres. Había sido lo bastante atractivo como para trabajar como modelo en Nueva York desde los dieciocho años y hasta bien entrada la veintena y, a pesar del estilo de vida que llevaba, su aspecto actual estaba simplemente algo desvaído, pero en absoluto desaparecido. Su cabello y sus dientes seguían siendo perfectos y su rostro, castigado por el sol, la arena y el mar, era duro.

La chica se ruborizó y le susurró algo a su amiga antes de sumarse de nuevo al grupo.

Charlie contempló la imagen de la pantalla. El diminuto *flash* debía de haberla asustado, puesto que aparecía con los ojos cerrados. Sintió un escalofrío solo de pensar en lo que podía suceder luego.

Vivía por noches como aquella. La ciudad donde se había criado le gustaba por muchas cosas, pero tal vez su preferida fuera las muchas oportunidades que brindaba a un hombre como él. Cada curso suponía el adiós de los estudiantes que terminaban su carrera y la llegada de otros nuevos. La ciudad estaba en un estado de constante transusión y reabastecimiento. Pero Charlie se mantenía constante. Observando. Esperando. Eligiendo su momento. Siempre preparado para aumentar su colección.

Le echó un vistazo al reloj, un Rolex Oyster Submariner de cinco mil dólares y aspecto poco surfista. La noche era joven. Iría a casa y lo prepararía todo. Entonces, hacia las once, volvería para ver lo que le deparaba el resto de la velada. Los estudiantes empezaban a desfilar a partir de mañana y, en el transcurso de los próximos días, Santa Bárbara se transformaría de ciudad universitaria en ciudad turística. Llegaría la gente que vivía en LA o San Francisco y tenía casas de verano en la zona. Parejas. Familias. Que de nada le servían. Abarrotaban la playa donde practicaba el surf por las mañanas y, en términos generales, le amargaban la vida.

Eso significaba que esta noche tenía que salirle a cuenta. Tenía que conseguir que fuese especial. Esta noche tenía que servirle para superar los largos y solitarios meses de verano hasta la llegada del semestre de otoño, cuando llegaría carne fresca.

Dio media vuelta y regresó a su coche, un aerodinámico Aston Martin descapotable. Saltó al asiento del conductor, aceleró el motor y arrancó en dirección norte siguiendo la costa, ansioso por preparar el escenario para lo que se avecinaba.

Primera Parte

Uno

Dieciséis meses después Los Ángeles, California

Con el corazón latiéndole con fuerza, Melissa Warner se abrió paso entre la aglomeración de cuerpos hasta situarse en primera línea, delante del escenario. Casi directamente encima de ella, un niño de color y de dulces facciones, vestido con pantalones vaqueros holgados y una camiseta de los LA Lakers, cantaba sobre «zorras» y «putas» mientras dos DJ ataviados con un estilo similar trabajaban con las pletinas detrás del él. A lado y lado del rapero, una docena de bailarinas, con artilugios sadomasoquistas y en ropa interior, giraban extasiadas al son de la letra.

«Todos sabéis que las zorras y las putas,
Van detrás de una única cosa».

Dos focos zigzagueaban sobre la masa de cuerpos que llenaban el polideportivo. El bajo aporreaba con tanta potencia los altavoces que Melissa notaba incluso el suelo moviéndose al ritmo de la música. El rapero se llevó una mano a la entrepierna y agitó con la otra un puñado de billetes de dólar. La multitud, integrada en su mayoría por adolescentes de las barriadas de la ciudad, gritaba y voceaba dando su aprobación a la letra.

«Una letra que reduce a sus hermanas, a sus madres y a sus novias, ¿a qué exactamente? A prostitutas. A gente que sirve solo para una cosa. A simples trozos de carne. Tú con-

céntrate en lo tuyo —se dijo—. Recuerda por qué estás aquí. Para encontrarlo».

No había sido precisamente fácil localizarlo. Ni mucho menos. Pero le había seguido la pista con tenacidad, haciendo caso omiso a todo aquel que le había dicho que haría mejor dejándolo correr. Y su insistencia estaba a punto de verse compensada. Lo tenía muy cerca. El hombre al que se lo haría pagar y, con ello, la oportunidad de poder, por fin, seguir adelante con su vida.

Examinó la barrera, y la hilera de musculosos vigilantes de seguridad vestidos con camiseta. No vio por ningún lado el hombre que estaba buscando. Se abrió paso a empujones hacia un lado del escenario, sumergiéndose por debajo de los codazos y extendiendo los brazos, como una nadadora, para crear huecos en el muro de carne que la rodeaba.

La presión de los cuerpos le provocaba náuseas y mareo. Hacía esfuerzos por respirar, pero era como si aquel aire contuviera tan solo calor y humedad en lugar de oxígeno. Y entonces, justo cuando empezaba a temer que acabaría desmayándose, encontró una escapatoria y quedó libre del gentío.

Junto a la valla de seguridad había un solitario vigilante, vestido con una camiseta de la gira de los «Triple-C» (el acrónimo de Compton Clown Crew) y con una fotografía plastificada a modo de identificación colgada de un cordón de seda negra. Más allá, una rampa de madera oscura daba acceso a la zona de camerinos. Melissa buscó su teléfono móvil y seleccionó la única fotografía que había logrado encontrar de aquel hombre. Se la mostró al vigilante de seguridad. La miró y se encogió de hombros.

—No conozco a ese tipo —dijo.

—Tiene que conocerlo —dijo ella, presionándolo—. Es el responsable de seguridad.

—Aquí no, no lo es.

—No, me refiero a la seguridad de la banda.

Volvió a encogerse de hombros.

—No tengo ni idea.

Se puso de puntillas para intentar echar un vistazo detrás del escenario. El vigilante de seguridad cambió de posición, bloqueándole la visión. Tenía manchas de sudor en las axilas. Le llegó entonces una bocanada de olor corporal que le revolvió el estómago.

—¿Quieres ir detrás, no? Puedo pasarte. Puedo conseguir incluso que veas los artistas —dijo, moviendo la cabeza en dirección al escenario—. Pero te costará algo —dijo, clavando la vista en sus pechos.

Melissa dio un paso atrás y cerró los ojos, esforzándose desesperadamente por no romper a llorar. Si supiera, pensó. Si supiera lo que aquella mirada lasciva estaba haciéndole. Si pudiese experimentar una décima parte del dolor que sentía en aquel momento.

Abrió los ojos, pero el vigilante había cambiado su foco de atención. Estaba hablando por un *walkie-talkie*, rugiendo instrucciones y mirando el gentío.

Se volvió y vio gente dispersándose en todas direcciones. La música seguía sonando por los altavoces, pero el rapero había dejado de recitar y se había situado en el extremo del escenario, una mano levantada en un intento de calmar la multitud.

—Tranquilos, gente. Tranquilizaos.

Siguiendo la mirada del vigilante de seguridad, Melissa vio que el pánico se había impuesto entre los asistentes al concierto, que corrían por todas partes, un banco de peces desperdigándose ante la llegada de un depredador.

Se puso de puntillas para poder ver mejor.

Debían de ser media docena: jóvenes, hombres y latinos, con sombreros azules y coloridos pañuelos al cuello, una banda de gamberros. Se abrían paso entre la multitud lanzando puñetazos y patadas a cualquiera que se pusiera al alcance de sus golpes. Un niño, que no tendría más de diecisiete años, recibió un puñetazo en la cara y cayó al

suelo. Tres miembros de la banda se apiñaron a su alrededor y empezaron a arrearle puntapiés en la cara y el cuerpo, agarrándose a otra gente del público para estabilizarse y dar más potencia a sus golpes.

Apartado del grupo, uno de sus miembros permanecía inmóvil y observaba la paliza con frío desapego. Era más menudo que el resto, pero era el que mandaba, por lo visto. Dijo algo a los tres que estaban pegando al muchacho y pararon.

Levantó la cabeza y entonces Melissa vio que no era un chico. La que lideraba aquel desenfreno era una chica, que en aquel momento estaba mirando a su alrededor, completamente tranquila en medio de aquella melé mientras, en el escenario, el grupo se retiraba hacia bastidores y los vigilantes de seguridad saltaban la barrera en un vano intento de restaurar el orden.

La líder de la banda se volvió hacia el escenario. Vio a Melissa y se miraron a los ojos. Levantó la mano y extendió el dedo índice, señalando a Melissa.

Y Melissa comprendió en aquel momento que aquello no era un suceso fortuito. Que estaban allí por un motivo. Del mismo modo que ella estaba en aquel lugar buscando a aquel hombre, ellos estaban en aquel lugar buscándola a ella. Empezó a retroceder hasta que notó en la espalda la frialdad del metal de la valla de seguridad.

Los miembros de la banda se quitaron de encima cualquier resistencia que pudieran encontrar y echaron a andar hacia ella. Y una oleada de miedo embargó a Melissa cuando la chica que lideraba la banda se levantó la camiseta y dejó entrever la empuñadura negra de una pistola.

Ver aquello devolvió a Melissa al presente. Buscó a su alrededor una vía de escape. Y la detectó a unos veinte metros de distancia de donde estaba: una puerta de salida de incendios.

Echó a correr sin atreverse a mirar atrás. Si conseguía franquear la puerta, podría llegar al aparcamiento. Y si con-

seguía llegar al aparcamiento, podría subir a su coche y lograr escapar.

Abandonada la empresa que la había llevado hasta allí, Melissa Warner abrió la puerta y emergió a la cálida noche de Los Ángeles. Tenía que seguir viva para encontrarlo. Lo que pudiera pasarle después carecía de importancia.

Dos

En su actividad, Ryan Lock estaba constantemente atento a dos cosas. La primera era la ausencia de lo normal: un vigilante de seguridad que no estaba en su puesto, un rincón vacío en una oficina donde previamente estaba instalada una cámara de seguridad, un desguace silencioso habitualmente vigilado por un *dobermann* con malas pulgas. La segunda era la presencia de lo anormal, de algo extraño y fuera de lugar: un coche desconocido frente a un colegio a la hora de la salida o una tapa nueva en la una boca de alcantarilla en la ruta de un desfile.

Aquella noche, mientras examinaba el abarrotado vestíbulo del hotel, repleto de jueguistas que asistían a la fiesta que ofrecían después de su actuación sus últimos clientes, un grupo de rap llamado Triple-C que había obtenido un doble disco de platino, Lock detectó algo que, sin duda alguna, se ubicaba dentro de la segunda categoría. Sin que nadie se percatara de su presencia, una joven acababa de emerger con cautela de la resplandeciente puerta giratoria dorada que daba acceso al vestíbulo del hotel y se había detenido, su mirada inspeccionando rápidamente el lugar, buscando a alguien.

Por sí misma, la llegada de la chica no tenía nada de destacable. La característica definitoria de las fiestas que ofrecían los Triple-C era precisamente la gran cantidad de chicas que asistían a ellas. Solían, se había percatado, superar la presencia de hombres en una proporción, como mínimo, de seis a uno. Pero ninguna de ellas se parecía ni re-